

Veinte años no es nada

Daniel dos Santos

Tómelo o déjelo. Con Paulo Coelho no hay medias tintas.

O uno se somete como lector a su lógica de la inocencia, a su lenguaje más allá de las palabras, a sus parábolas infantilmente comprensibles, o se olvida de leer lo. O uno cree en sus leyendas personales, en su alquimia blanca, en sus pacíficos guerreros de la luz, en sus tesoros de realización, en las verdades que están en el camino y son el camino, en el niño que lleva dentro... o simplemente desconfía de sus libros minimalistas en páginas, de sus personajes evanescentes y jamás descriptos, de sus símbolos místicamente medievales, de sus cierres paradójicamente abiertos. Esos mismos motivos sirven para que unos lo amen y otros lo denostren, una rara cualidad que hace pensar en que todos –unos y otros– lo ven como es.

Tómelo o déjelo, pero el que sigue es Coelho en estado puro, el de su primer libro, pero veinte años después de la aparición de *El alquimista*; es decir ahora. No por previsible, el festejo de Coelho despertará algunas envidias: los ejemplares de la edición conmemorativa por el cumpleaños que lanzó aquí Planeta se sumarán a los veintinueve millones de unidades ya vendidas en los ciento cincuenta países donde fue publicado. Aunque obviamente ninguno de los escritores nombrados se lo haya pedido, *El alquimista* intenta ser también un homenaje a Hemingway, Blake, Borges y Malba Tahan, quienes, según Coelho, alcanzaron el Lenguaje Universal, sic para las mayúsculas.

¿Tendrá ese lenguaje universal algo que ver con las ventas de Coelho? O ¿el secreto hay que buscarlo en la alquimia, esa experimentación tan antigua como oscura en la que a veces se mezclan los mismos elementos, pero se esperan resultados diferentes, y de la cual se dice deudor? "No hay secretos. Ese lenguaje es un simbolismo que va más allá de las palabras. Tenemos siempre las mismas preguntas pero no siempre las mismas respuestas. En *El alquimista* plantean respuestas pero sí preguntas, al final lo más importante." La voz de Paulo –los brasileños prefieren tanto más que se los llame por el nombre antes que por el apellido– cultiva respuestas cortas, pero no tajantes. Al contrario, pareciera que siempre callara cuando está por agregar algo más. Y uno la presiente vacunada contra enojos, sedada tal vez por el Sena que contempla ahora desde su anónima ventana que mira también a la torre Eiffel.

Veamos

¿La gente le pide consejos? Claro que no. Yo no tengo respuestas para dar. Pero me dicen que no se sienten solos cuando leen mis libros y que eso los alegra. Es lo mismo que yo sentí cuando leí a Henry Miller (el de los Trópicos). Es la misma relación que tengo con mis escritores emblemáticos, con aquellos que me alegran con su manera de ver la vida. Para Coelho *El alquimista* no fue su primer libro, pero sí el que le abrió las puertas a sus otras obras, pero también a la fama y al dinero, con más de cien millones de ejemplares publicados. Cuenta allí la historia de un pastor que busca su destino, digamos, atravesado por enigmas de pasión y oro.

¿El tesoro de Santiago son las monedas de oro o el amor de Fátima? Es el camino.

Es decir que tendría que haber tesoros continuos, porque mal que mal uno siempre sigue caminando...

No. ¿Cuál es mi tesoro? Ser escritor.

Entonces estoy en ese mismo camino, pero debo escribir otros libros.

El tesoro no se mide por hasta dónde voy a llegar.

En otras palabras, ¿el tesoro puede alcanzarse, pero siempre hay otro?

¿Esa es la moraleja de 'El alquimista'?

No hay moraleja. Simplificar un libro así es simplemente desmerecerlo. El alquimista son las profecías de quien camina.

¿Qué recuerdos le quedan de esa época en que estudiaba alquimia? De alguna manera yo sigo estudiando alquimia, leyendo ese lenguaje de una manera consciente. No sólo yo, sino todos mis lectores nos identificamos con algo que es muy criticado, ridiculizado, porque no puede ser contenido de la manera por cómo la civilización ve hoy la búsqueda humana. Y entonces nos conectamos con todo, pero también somos responsables por todo.

Hábleme de algo concreto. La pobreza o la guerra, por ejemplo. No basta con decir ¡qué horror! Hay que intentar algo concreto. En mi caso, tengo mi organización (se refiere a Meninos da luz, que en Río de Janeiro cubre las necesidades de 400 chicos de la calle), en el caso de otro, dar de comer a una persona en la esquina, un tercero, buscarle trabajo. Tener ideales no basta, concretarlos es lo que importa. Y eso significa la alquimia, proyectar la evidencia, la experiencia individual, en el mundo físico.

El alquimista, claro, no pretendió ser un tratado filosófico. El mismo Coelho dice que para explicar la razón de vivir –tema del libro– prefirió "conversar con el niño que habitaba mi alma".

¿Todavía sigue hablando con ese niño? Claro. Y estamos orgullosos.

Siempre que lo miro dice: 'Ah, qué bien que no te olvidaste de mí'.

Entonces el niño mío está vivo, alegre, entusiasmado.

¿Y cree que a medida que uno crece se hace más o menos creativo? Depende. Si escucha más al niño, será más creativo. Si lo escucha menos, menos.

Del niño saltamos a la muerte. ¿Qué opina de ella? Es la mejor consejera.

Ja. ¿Cómo es eso? Está sentada a tu lado. Y aquí a mi lado también. La que te dice 'has lo que quieras hacer antes de que te bese'. La que te recuerda que no dejes nada para mañana. Yo la tengo como una buena amiga.

¿Es decir que no le tiene miedo? Por favor. Cómo tenerle miedo a algo que nos pasará a todos.

No es la opinión generalizada. ¿Lo del miedo?

No. Me refiero a tener conciencia de que vamos a morir. (Se ríe) Tiene razón. Los problemas empiezan porque la gente no se entera de que va a morir. De ahí vienen la avaricia, el cinismo, la envidia.

Ya que la muerte no le inquieta, ¿qué lo asusta del mundo? La situación en Medio Oriente.

¿Le escribió otra carta a Bush como lo hizo cuando invadió Irak? No hace falta ahora porque Bush ya no manda nada. Pero sí sigo participando como mensajero de la paz de Naciones Unidas, para intentar una salida que nadie ve, pero que seguramente existe.

¿Qué lo asusta de sí mismo? (Silencio) Mi impaciencia.

La impaciencia por sacar otro libro, sin embargo, no lo apura demasiado. Confiesa que todavía no tiene un proyecto para suceder a la La bruja de Portobello, aparecido hace dos años. Dice que hace falta darse un tiempo entre producción y producción. Mientras tanto, lanzó un concurso por internet para filmar una película sobre su última historia escrita y tuvo tiempo suficiente para perderse en el desierto de Dubai cruzado ahora por huellas de 4 x 4 y no más por caravanas de camellos cargados de telas y especies. La aventura, módica al lado de la de Santiago, el pastor andaluz que trajinó arenas inconmensurables en las páginas de El alquimista, puede verse en Youtube (ver The crazy magician & Desert).

Porque si algo no le falta a Coelho es esa capacidad para hacer de cada experiencia personal una oportunidad de compartirla, de comunicarla, y de extraer, si se quiere, una enseñanza. Aunque él mismo se ríe: "El hombre busca demasiadas respuestas y hay que echar un poco de lastre por la borda".

Así es Coelho. Tómelo o déjelo, aunque si llegó hasta acá ya imagino cuál fue su elección.

Disponível em: <<http://www.ee.clarin.com>> Acesso em: 20/5/2008.

A utilização deste artigo é exclusiva para a Editora L&L.